

# Un vaso de vino

Alberto Paredes  
Guadalajara, 1956

Ofrecer un trago de vino  
a un forastero  
invitarle de mesa a mesa  
pues imposible paladear en paz  
si ese hombre  
a la distancia del brazo  
sólo agua desnuda  
tiene al filo de su plato  
y no otra compañía

La copa vuelve a brillar  
—ese oro germinado en blancas cordilleras  
al abrigo del bosque y del río  
siempre temperamentales  
o quizá es un tinto  
escarlata del mediterráneo  
que rejuvenece  
prodigándonos alborozo  
sin culpa ni tortura—  
cuando una digna porción de gotas  
se derrama  
en la mesa vecina

No otra cosa fue libar  
Lo supieron los dioses  
cuando algún efímero  
que pudo llamarse Peleo  
fue admitido al festín  
—atónito el néctar inmortal paladeaba—  
Lo supo Horacio  
aquella tarde canicular  
—la furiosa constelación del león  
fustigaba Roma en todos sus escondrijos—  
no extravió el temple  
cuando envió un billete a Mecenas  
estrofas sáficas perdurables más que el bronce  
en las que suntuosamente le dijo  
aunque sin perder llaneza  
Venga a casa Buen Señor  
una cratera de sabino y dos copas  
nos aguardan a la mesa  
—refrescaremos tu cabellera con rosas y moringa  
la plática honrará tu visita;

recuerda que es temeraria pretensión  
ridícula para los dioses invisibles  
comprometer citas más allá  
de nuestro incierto cercano día—

Los historiadores no nos dicen sin embargo  
si hubo en Mecenas  
la alegre prudencia  
de acudir esa tarde de julio donde su protegido  
y encontrarle el gusto a la charla  
humectada por modesto vino  
("rociemos tus divinas palabras  
querido Quinto Horacio  
contemplemos el horizonte  
rojizo y fresco como tu sabino  
bebamos ahora")

El tiempo pasará arrastrando en su cauda  
los huesos de Mecenas y sus nobles poetas;  
la sabia modestia de aquel gesto  
permanecerá incólume  
así como el dichoso *bouquet* del sabino

En otra tarde improbable  
el azar de dos mesas contiguas  
vuelve a dictar el encuentro:  
No conocer la lengua del hombre  
que almuerza al lado sólo con agua  
saber de él menos  
que del astro más tímido  
que a nuestro horizonte llega  
y ofrecerle  
por eso  
nuestra bebida

Yo lo viví  
camaradas imprevistos  
bebedores fidelísimos  
fue en un comedor cualquiera  
a media ciudad ardiente  
si bien sucedió en un recodo  
de cierta mansión  
a la derecha del Sena  
que resguarda  
algunas proezas humanas  
dignas de la alabanza de Mecenas  
pues brillan sin fin por los siglos  
El *Musée* por supuesto *du Louvre*

Aquel hombre ofreció la sonrisa  
de sus cansados ojos de jubilado  
señalando su *pichet de rouge maison*  
extendí la mano como quien abraza a un desconocido  
y bebe la paz de Samaria  
Brindamos en silencio  
el vino ordinario y la chispa  
apenas sugerida  
entre nuestras miradas tejieron  
—era verano rotundo y seco—  
la perenne guirnalda de Baco  
*nunc est bibendum sodales!*

---

La referencia a Horacio: *Odas*, I, xx.